

---

# Menéndez y Pelayo

---

Calientes aún los despojos del venerado maestro, tiembla mi mano al escribir estas líneas cuando no se ha cerrado aún su sepulcro; al evocar de entre los muertos al que ayer era todo nuestro y hoy es todo de la inmortalidad y de la Historia.

Porque Menéndez y Pelayo no es sólo una gloria nacional, es una gloria de la raza; más aún, es la más victoriosa afirmación de la vitalidad perdurable de la raza; más todavía, es el restaurador insigne de nuestra histo-

ria espiritual y de nuestra conciencia étnica. Menéndez y Pelayo, la más inmaculada, grande é indiscutible de nuestras glorias contemporáneas, es uno de esos hombres faros y cumbres que Dios suscita para devolver á los hombres ó afirmar en ellos la conciencia de sus altos destinos, y para señalar en la historia de los pueblos la hora solemne de las grandes rehabilitaciones.

Por eso ahora que un aura de resurgimiento despierta y reanima en ambos mundos las milagrosas energías morales de la raza; ahora que una gran unificación étnica se inicia con el empuje incontrastable de las grandes fuerzas de la naturaleza, ciego estará quien no viere que para preparar este movimiento, para determinar esta resurrección del alma de la estirpe, suscitó Dios á un hombre que en los heroicos días de Grecia hubiera sido ya venerado entre los dioses, á un hombre en quien pareció resucitar uno de los gigantes de nuestro Renacimiento, como para afirmar al mundo la inderrocable persistencia y la inextinguible eficacia creadora de la raza.

“Antes de él—dice don Juan Valera—nos ignorábamos”; y éste es el más justo concepto y el más alto elogio que se debe al maestro Menéndez y Pelayo, como reedificador de la conciencia espiritual de la estirpe; él nos ha resucitado dentro de nosotros mismos, y nos ha reivindicado del calumnioso cuanto injusto concepto universal que en torno á nosotros habían creado la ignorancia y los prejuicios; y sólo por esta magna obra merecería el maestro de maestros un monumento ingente erigido por la gratitud de cuantos hablan el castellano en ambos mundos.

Pero Menéndez y Pelayo no fué sólo un reedificador de la conciencia de la estirpe, en cuanto restaurador de nuestra historia espiritual—¡obra ciclopea realizada con manos de artista!—, no; Menéndez y Pelayo era por sí sólo, en toda su labor titánica, y en cada rasgo de su pluma, en cada aletazo de águila de su mentalidad asombrosa, en cada latido de su corazón todo cristiano y español, en aquel más que humano amor que ponía en cincelar las ánforas de oro en que derramaba sin medida el vino generoso de su saber inagotable, de su pensar semidivino, de su sentir de soberano poeta; en aquel fuego sagrado transfundido por todas las venas de su estilo; de aquel estilo que era alma difusa y belleza respirable, que pegaba á los labios de sus lectores sabor de inmortalidad; que encendió en las mentes de varias generaciones la llama celeste del amor al ideal, del cariño al arte, de la veneración á la Historia; que supo hacer adorable la erudición y engendró con el profético poder de su palabra luminosa toda una generación de investigadores estéticos, de los que exhuman lo pasado, no con el brutal esfuerzo y las sucias manos del cavador que busca antiguallas para lucrarse con ellas, con las manos de amor y de veneración del sabio poeta que edsentierra los vestigios sacros de lo pasado y los anima con el soplo que crea, comunicando nueva y alta vida á lo que exhuma y revela.

Todo esto y mucho más, que los ojos de mi alma nublados de llanto no aciertan á ver ahora, fué el maestro. Asombra el soberano acierto, la genial adivinación poética con que la inteligencia soberana de nuestro gran polígrafo, como raudal de viva luz que atraviesa las penumbras prestigiosas de un mundo en formación, donde lo irreal y lo real coexisten en promiscuidad quimérica, penetra resuelta y reveladora por la selva inextricable de toda nuestra bibliografía—y aun de la bibliografía universal—, y aportando como un dios, la luz de las tinieblas, ordena el caos, y sin despoe-tizar la virginal grandeza del recién creado Cosmos, con pasmosa clarividencia lo desmenuza, lo analiza, lo reconstruye de nuevo, y después de haber penetrado todos los misterios de la intimidad creadora, se arrodilla ante la creación reconstituída, y eleva, vibrante de emoción, un himno triunfal; el himno glorioso del hombre elegido que supo recoger de entre las cenizas de la historia el alma dispersa de la raza para infundirla resucitada y gloriosa en los labios de la gran madre.

Entonando ese himno sublime le ha sorprendido la muerte.

Prosternémonos ante ese cadáver, que, como Colón, como Cervantes, como las más grandes figuras de nuestra historia moderna, envuelto en el místico sayal del Serafín de Asís, ha recibido sobre su helada frente, con el primer destello de la bienaventuranza, el rayo primero de la inmortalidad histórica. ¡Prosternémonos y regocijémonos; nuestro muerto ha resucitado dos veces!

BLANCA DE LOS RÍOS Y LAMPÉREZ.